



Rafael Vázquez

PRÓLOGO.



AREA superior á nuestras aptitudes es la que nos hemos impuesto: la de emitir nuestra humilde opinión acerca de las bellísimas poesías contenidas en este valioso libro, cuyo autor, por sus relevantes dotes intelectuales y morales; por su vasta ilustración; su inspiración fecunda, espontánea y delicada; y su natural y bien educado sentido estético, bien pudiera servirnos de maestro; pues nos ofrece un modelo bien acabado y digno de imitarse. Mas ya que tan grata y tan honrosa labor es superior á nuestras débiles fuerzas, séanos dado al menos, el

expresar aquí las dulces emociones que su lectura interesante ha despertado en el fondo de nuestro corazón, y la honda impresión que ha dejado en nuestro espíritu la clara percepción de su belleza.

Cuando sopla el aliento del corazón sobre la ascua candente del cerebro, se enciende la llama de la inspiración y de la fantasía. Por eso, sin duda, estas bellísimas poesías, ramillete de frescas y aromadas flores, exhalan el perfume delicioso de los nobles sentimientos que las inspiraron, y que son como el aliento de un corazón sensible, delicado y grande.

A su mágico influjo, brota de la mente del poeta el abundoso manantial de su inspiración inagotable y fácil. Y ya se desliza suavemente como manso arroyuelo que cruza la pradera, murmurando las dulcísimas notas de música lejana; ó ya se precipita en impetuoso torrente de mugidoras ondas; ó se despeña en ruidosa catarata cuyas voces atruenan la campiña. Pues, ya tiene su voz el acento apasionado y tierno del músico zenzontle, que canta enamorado en la espesura de apartado bosque, á la luz de la luna, y en el silencio de callada noche; ó ya también, la poderosa expresión, los formidables acentos del huracán que azota las selvas seculares, arrancando de cuajo los corpulentos árboles, y repercutiendo en los cón-

cavos senos de los barrancos y en los empinados riscos de las montañas.

Todo lo grande, lo bello, lo noble y lo sublime, hace que la fuente inagotable de su inspiración purísima se desborde en raudales de poesía y de elocuencia.

Y su noble lira que

“No la escucharon los vicios,

“ni la adulación rastrera,

“ni la opresión que subyuga,

“ni la calumnia que afrenta,”

como él mismo lo expresa, de tan feliz manera, en esos magníficos versos, tiene para cantar el amor, las notas más dulces y armoniosas, y las voces más delicadas y expresivas del lenguaje del alma.

Así también lo declara él mismo, con absoluta verdad, en estas hermosas estrofas de uno de sus mejores cantos:

“Para amar esas gracias excelsas,

“y adorar esa imagen sagrada,

“tiene luces de aurora mi mente,

“y vibrantes acordes mi arpa.

“Tienen grato perfume mis flores,

“y mi boca sentidas palabras,

“y mis labios sus besos de fuego,

“y tiernísimos ayes mi alma.

“Tiene ritmo la sangre hervorosa

“que candente mis venas abrasa,

“y suspiros dolientes mi pecho,

“y mis ojos raudales de lágrimas

Grandeza y fecundidad en el pensamiento. Delicadeza y exuberancia en el sentimiento. Expresión clara y musical, fácil y correcta. Hé aquí los tres importantísimos componentes de su labor artística.

Tiene, en efecto, su estilo literario el exquisito gusto, el delicioso sabor de los clásicos maestros; y su lectura interesante y grata hace olvidar la impresión desagradable que ha dejado en nosotros la de ese nuevo género . . . ampuloso, desenfrenado y hueco, que ha venido infestando, desde hace tiempo, los fértiles campos de la literatura, y que bien pudiera llamarse *la demencia del Arte*.

Es, sobre todo, digna de ser admirada, la asombrosa facilidad de su versificación fluída, sonora y elegante. Su verso es rítmico y armonioso por la perfecta distribución de sus acentos; y la suave música de sus estrofas, tiene esa dulzura infinita que encanta y que subyuga.

En suma. Lenguaje puro y castizo, correcto y armonioso. Estilo elevado, florido y elegante, á veces; enérgico, patético y vehemente, ó festivo, gracioso y humorístico, pero siempre magistral, en otras. Riqueza, profusión y novedad en las ideas. Imaginación viva y ardiente. Gusto exquisito; gran sensibilidad; oído delicado; profundo conocimiento y perfecto dominio

del idioma y del metro castellano; palpitante viveza en las imágenes; propiedad en la feliz aplicación en los epítetos; deslumbrante belleza en sus tropos; irreprochable sintáxis; construcción gramatical correcta y escogida; y sobre todo, grandeza, hermosura, belleza y sublimidad en sus concepciones poéticas, expresadas siempre con la vida de la pasión y el sentimiento, y con el brillo de elegantes figuras literarias: hé aquí las riquísimas joyas que embellecen los magníficos cantos de este precioso libro, muy digno de ocupar lugar preferente y distinguido en el Parnaso de México; y hé aquí también las envidiables dotes que adornan á su modesto autor, cuyo nombre es digno de perdurar, para honra y gloria de la literatura nacional.

Monterrey, Enero de 1908.

F. Guajardo Martínez.

